

Sebastián



Autores: Airon Alcina Tomás, Mia Aunion Kriunaité, Eduard Aunió Agud, Chloe Benimeli Mena, Paula Bisquert Botella, Amelia Borrás Jimenez, Sandro Bosca Cuquerella, Miguel Cabañas Jimenez, Charlotte Chuqui Herrera, Rafael Costa Peniza, Aitana Fabrich Pla, Andreu Galiana Pastor, Sara Garrigós Server, Amparo Luque Galiano, Leo Mestre Morató, Naia Monzó Femenía, Clara Morell López, María Morell Savall, Oscar Pedrayes Mestre, Guillermo Sempere Catalá, Noah Sendra Soler, Josep Sepúlveda Caldés, Edward Gabriel Solomon, Alex Soriano Cotaina, Marc Tomás Barreres, Arturo Tomás Peiró, Zoe Isabel White



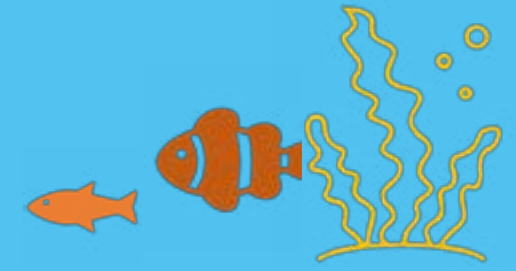
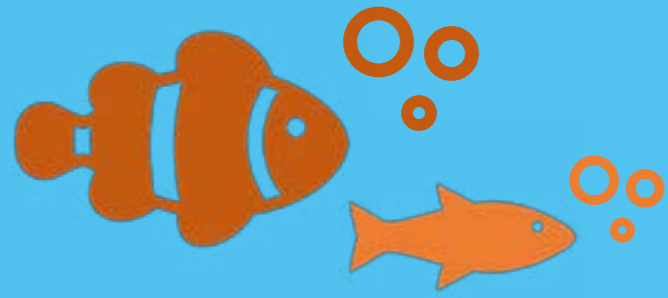
V CENTENARIO
F VUELTA AL
MUNDO



CEU
Universidad
Cardenal Herrera



FUERZAS ARMADAS VALENCIA



Soñaba...

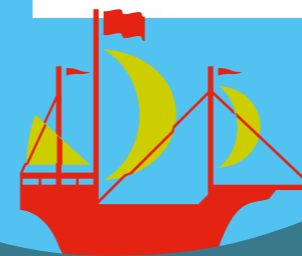
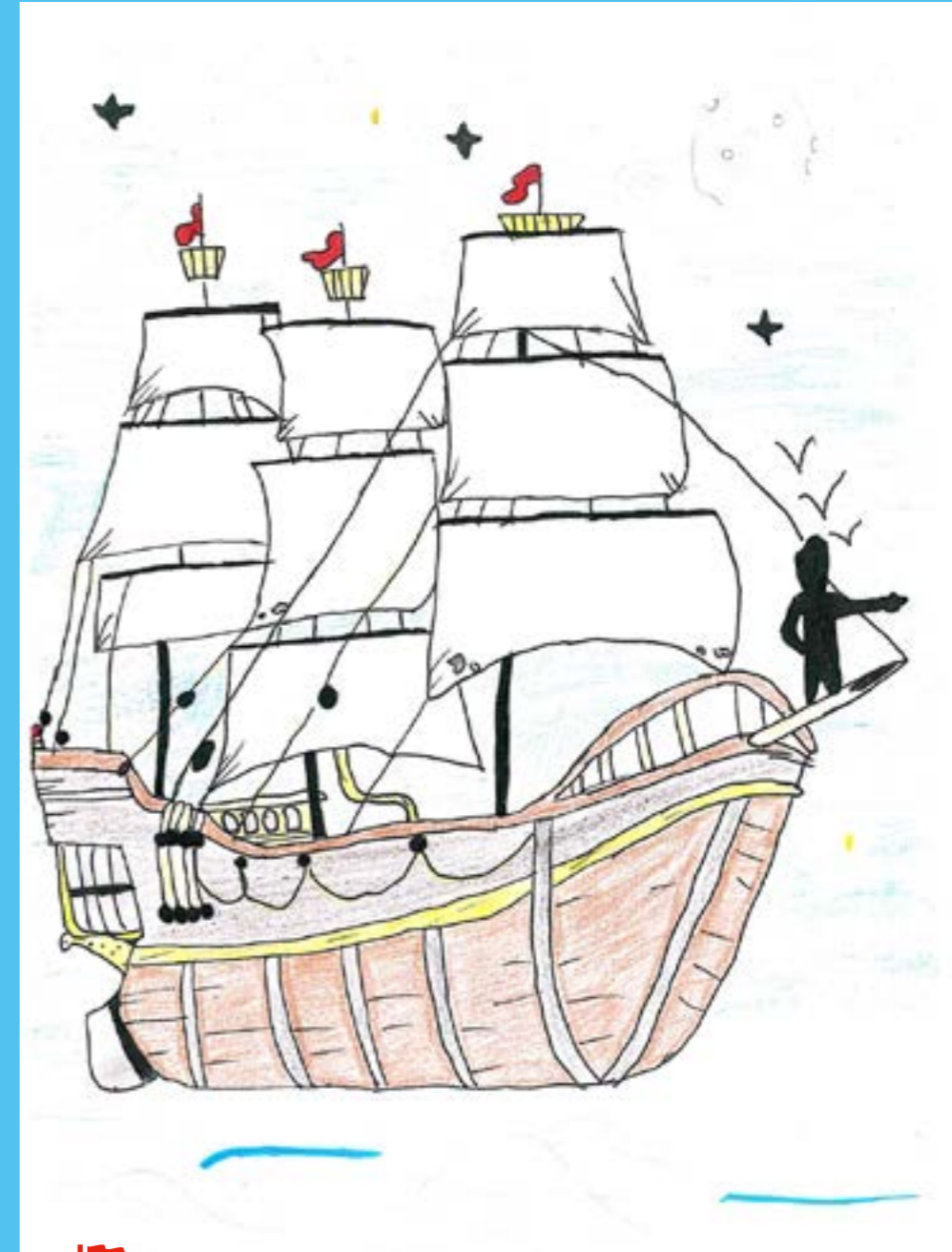
Era joven y soñaba con ser capitán.

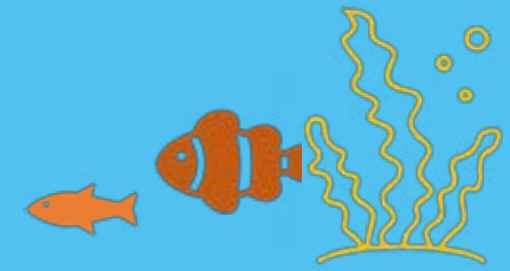
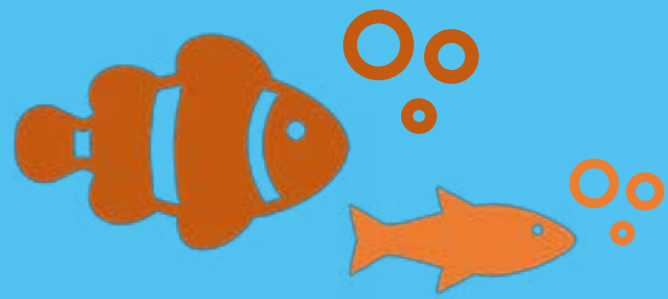
En un remoto pueblo de España, el joven Sebastián, tenía un sueño. Quería ser capitán de barco, pero no de un barco cualquiera, sino de su propio barco.

Su padre, al que admiraba mucho, construía este tipo de medio de transporte. Enormes barcos que navegaban por los siete mares y que surcaban recorriendo lugares increíbles.

Sebastián siempre había sentido curiosidad por saber qué existía más allá. Así que unió sus dos intereses, la curiosidad y la navegación, y se propuso una meta.

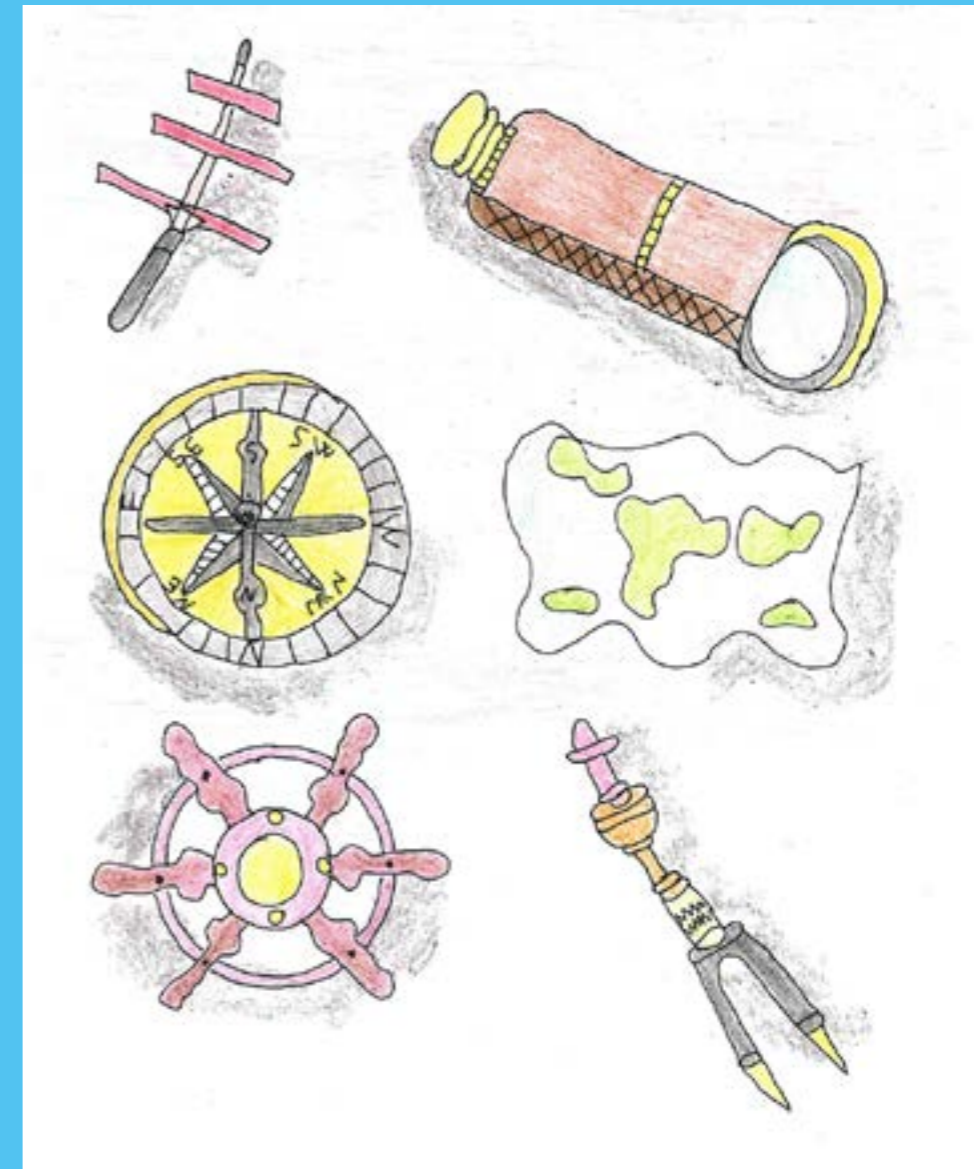
Cuando cumpliera los dieciocho años, construiría su propio barco y navegaría por todo el mundo en busca de aventuras.

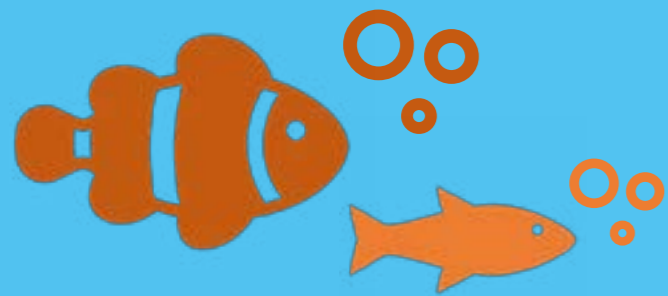




Sebastián continuó con sus estudios, pero todas las tardes iba al puerto para admirar cómo su padre daba las instrucciones oportunas para la construcción del barco que tenían en proyecto. No le faltaba detalle alguno, con sus enormes velas, los mástiles altísimos y robustos, incluso el asignado para el grumete, y por supuesto con todos los instrumentos de navegación necesarios.

Éstos últimos fascinaban a Sebastián. Le parecían mágicos y maravillosos y soñaba con que algún día no muy lejano, también él los tendría. Los conocía a la perfección. Sabía utilizar y leer las cartas, planos y los mapas, tal y como su padre le había enseñado. Sabía guiarse con la brújula que siempre marcaba el norte; el astrolabio, con el que se orientaba mirando la posición de las estrellas; el reloj de arena, las tablas astronómicas, el compás de puntas para medir distancias...



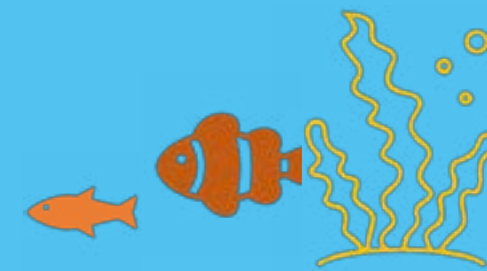


Su padre, que conocía perfectamente la inquietud de su hijo, le enseñaba todos sus conocimientos y disfrutaba con ello. Al fin y al cabo, algún día sería su hijo quien se encargaría del negocio y seguiría con la tradición familiar de construir los mejores navíos del mundo. Llegó el día señalado. El día en que Sebastián comenzaría su nueva vida y en el que empezaría a construir su sueño.

Sebastián cumplía la mayoría de edad y su padre tenía el regalo preparado para su hijo. Se trataba de un objeto muy especial que él mismo había hecho con sus propias manos. Era una rosa de los vientos, tallada en madera con una delicadeza exquisita, en la que resaltaban todos los nombres de los vientos junto con los puntos cardinales. Era una joya artesanal y estaba seguro de que su hijo quedaría maravillado cuando la viese.

Después de la cena, sentados en el salón, Sebastián le contó a su padre cuál era su ilusión y su deseo.

Construiría su propio barco, y no sería cualquier barco,



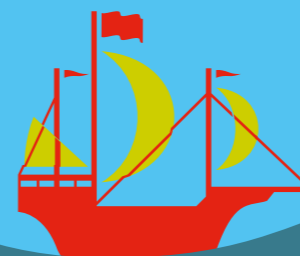
sería el mejor construido hasta la fecha y su padre le ayudaría para conseguirlo.

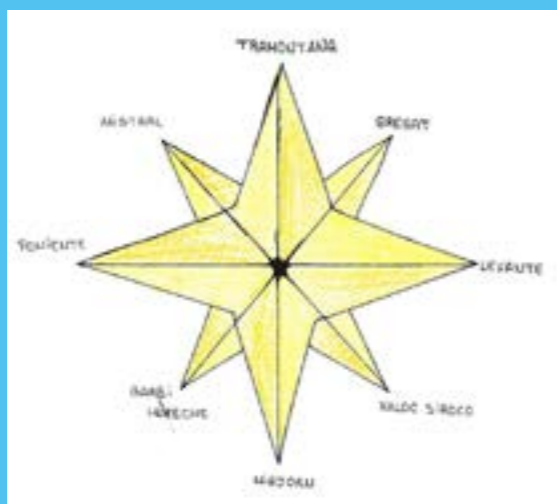
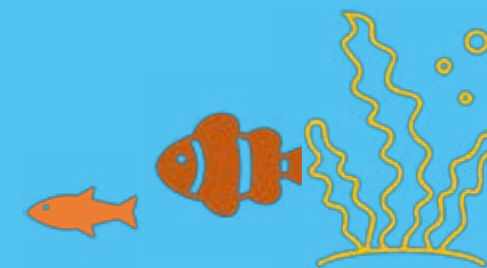
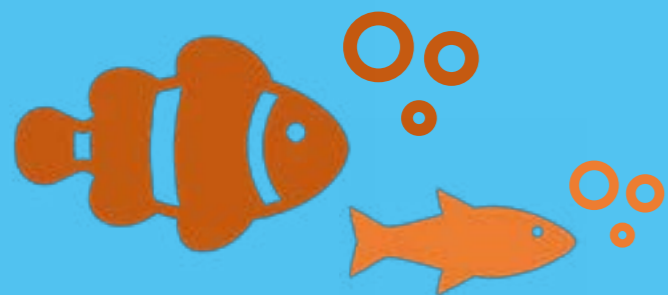
Su padre le escuchaba boquiabierto, ya que se vio reflejado con las mismas inquietudes de su hijo cuando él era joven y también ansiaba con conocer el mundo navegando por los mares.

Cuando Sebastián terminó de explicarle a su padre todos sus planes, esperó a que su padre le ofreciera su aprobación y le ayudase en su proyecto. Después de un largo silencio, su padre le dio su regalo, al mismo tiempo que le comunicaba que sus sueños se harían realidad.

Sebastián no podía contener tanta ilusión y agradecimiento a su padre, y rompió a llorar desbordando la mejor felicidad y orgullo que jamás había sentido. ¡Era el muchacho más feliz del mundo!

Abrió el regalo de su padre, y cuando lo vio, tuvo claro qué iba a hacer con él. Lo colocaría en su barco y lo llevaría siempre con él marcándole la dirección correcta de su vida.

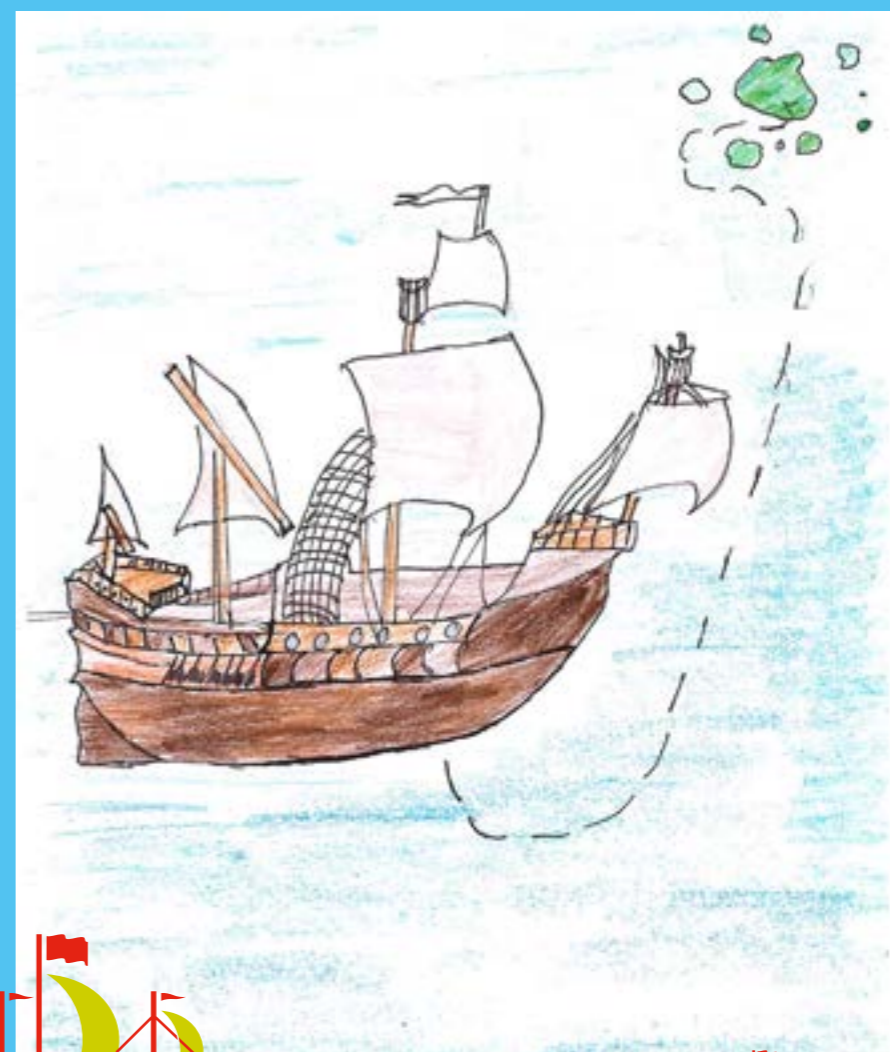


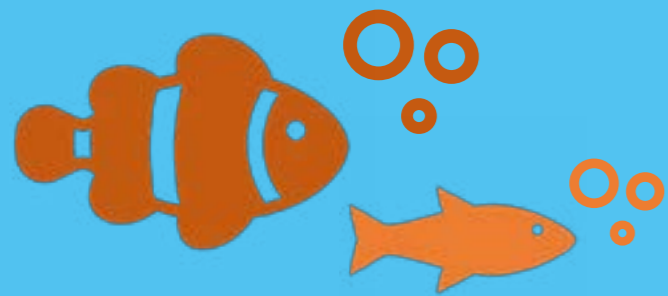


El 9 de agosto de 1519 zarpó el navío del puerto. Su padre, nervioso y preocupado, se despidió de su hijo, esperando ansioso su regreso. Se dieron un afectuoso y largo abrazo y el increíble navío puso rumbo a nuevos horizontes.

Trabajó durante años en la construcción del barco y finalmente, llegó el día en el que por fin podría zarpar de puerto rumbo a nuevos lugares desconocidos. Su sueño empezaba a hacerse realidad.

Preparó todo lo necesario para emprender el viaje: su equipaje personal, en el que no faltaba la rosa de los vientos que su padre le regaló, los instrumentos de navegación, alimentos... y su propia tripulación que le acompañaría en sus aventuras durante el viaje.

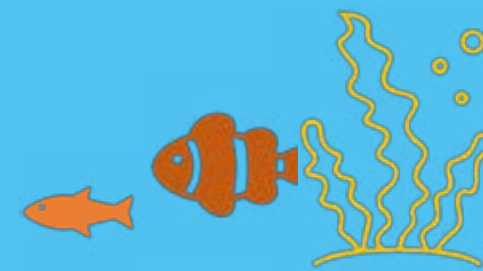




Recorrió extraordinarios lugares y durante meses navegaron día y noche, atracando en diferentes puertos para abastecerse de alimentos y conocer diferentes lugares y gentes.

Conocieron pueblos de lenguas y costumbres extrañas, probaron alimentos que jamás hubieran imaginado, intercambiaron mercancías y se enriquecieron con las experiencias vividas en aquellos meses que duró el viaje. Pero no todo fue como esperaban.

Durante su viaje, surgieron peligrosos inconvenientes. En varias ocasiones, perdieron el rumbo y pasaron días y noches sin descanso, hasta que finalmente alcanzaban tierra. Pero afortunadamente, aunque el peligro era evidente, sus vidas no corrieron graves dificultades, y con buena estrella, sobrevivieron a los inconvenientes. Pero en una ocasión en concreto, el viaje se vio en serio peligro.

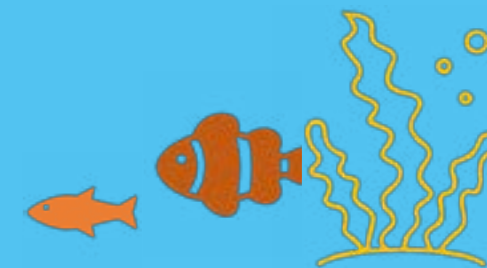
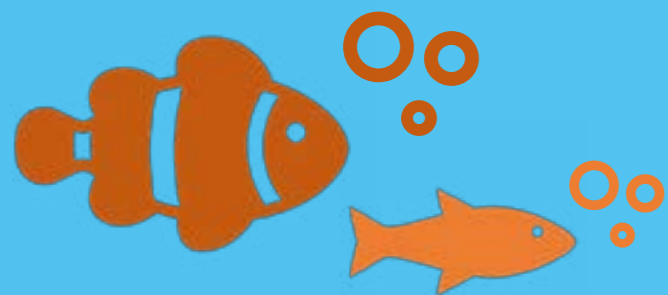


Una noche, mientras navegaban rumbo al norte, el mar se embraveció de repente. Se formó una tremenda tormenta que casi acaba con la aventura del joven Sebastián.

Entre olas altísimas y furiosas, el navío sobresalía y se hundía en condiciones extremas. Desafortunadamente, cayó un rayo en uno de los mástiles, dejando al navío completamente a la deriva. Tenían que buscar una solución para salir de aquella situación tan peligrosa. A pesar de los nervios y tensión, Sebastián tomó fuerzas y mandó a su tripulación sujetar las otras velas firmemente y aguantarlas para evitar que se rompiesen hasta que amainase la tormenta. Finalmente, y por fortuna, poco a poco, el mar se calmó.

Pasaron semanas en tierra firme, hasta que el barco pudo ser reparado y pudieron retomar el viaje. Después de meses de navegación, pusieron rumbo regreso a casa.





Todos esperaban en el puerto la llegada del navío, pero, sobre todo, el padre de Sebastián. Cuando tomaron tierra, padre e hijo se fundieron en un abrazo no pudiendo contener la emoción del reencuentro.

Después de relatar todos los detalles del viaje, descansar y recuperarse, poco a poco, sus vidas volvieron a la normalidad.

Sebastián siempre recordaría su viaje, su sueño, su ilusión, y así lo recordaría el resto de su vida.

Después de muchos años, sentado en la silla del salón frente a sus nietos, rememoraba su hazaña y les contaba todas sus anécdotas y recuerdos de su aventura.

Les aconsejó a sus nietos que lucharan por sus sueños como él lo hizo. Y que no dejaran nunca de soñar.

El viejo Sebastián, emocionado al ver a sus nietos boquiabiertos e ilusionados, sonrió y se sintió muy afortunado.

El nieto más pequeño le dijo a su abuelo que de mayor sería capitán, pero no un capitán cualquiera, sino el capitán de su propio barco, al que llamaría "Sebastián".

